

El Auxilio Mutuo de Puerto Rico

Manuel Campa

Entre los tópicos que suelen repetirse sobre los asturianos figura uno que, siendo en parte negativo, suele ser bien aceptado por todos. Se trata de sostener que los asturianos del exterior son, en general, mejores y más capaces que los del interior. Se basa esta tesis en la comparación de las tareas llevadas a cabo, en el pasado, por nuestros paisanos: salen ganando, con diferencia, quienes han emigrado. Una observación inmediata llama la atención, cuando se visita nuestros trasterrados: mantienen una mayor capacidad para asociarse entre ellos, sus empresas compartidas duran más tiempo que las sociedades en colaboración establecidas dentro de Asturias, donde, con frecuencia, los socios se separan en seguida, continuando cada uno por su lado. Si se compara algo tan aparente como la belleza y rango de los edificios civiles, probablemente no se construye en Asturias, en el último siglo, nada comparable al Centro Asturiano de la Habana. Nadie, aquí, se siente molesto en reconocer la superioridad de la Asturias que –en palabras de Camín- “va a los mares llevando una canción”. La aceptación de esta inferioridad por los de dentro es semejante a la del campesino tradicional que, cuando daba estudios a un hijo, lo argumentaba diciendo: “pa que el mio fío nun sea tan burru como yo”. Por cierto, una buena parte del gran afán de los viejos campesinos en “estudiar” a los hijos posiblemente proceda de la experiencia de la emigración. Del mismo modo, el emigrante en América se esforzaba sobremanera en que sus hijos llegaran a la Universidad. Son muchos los ejemplos que D. Valentín Andrés cita de la extraordinaria capacidad de los asturianos cuando están lejos de la tierra de origen: “Este hombre indolente y de pocas iniciativas en su tierra fue en América el creador de numerosas y enormes empresas. El gran comercio y la gran banca de Cuba y Méjico fueron fundadas por paisanos nuestros. Como lo fueron también las enormes ferrerías de Monterrey y la gran industria textil mejicana”. En términos parecidos se expresaba Dionisio de la Huerta, otro gran asturiano, cuando hablaba del gran invento de nuestros campesinos, de una especie de geisha que, menos abanicarlos, les hacía todo: araba, tiraba del carro, daba leche y terneros... Era la vaca asturiana de los valles, que reinaba en nuestro inmutable paisaje hasta la llegada de los tractores, que lo cambiaron todo. Pero esta visión, que diferencia la actitud de los asturianos de dentro y de fuera, es también compartida por autores no asturianos. Un buen ejemplo es el del escritor ampurdanés Josep Pla que, como corresponsal de prensa, residió muchos años en el extranjero, donde siempre se encontraba con algún asturiano: “Los asturianos son muy simpáticos y agradables... Son trabajadores y han sido unos grandes emigrantes”. Pero Pla vino a Asturias y, a pesar de que comió fabada en el Modesta –un gran privilegio hace medio siglo-, dejó un juicio implacable sobre nosotros, los asturianos de dentro: “muy comprensivos pero poco dados al ahorro, es decir, que les gusta mucho comer, beber y en general gastar. Son poco inversionistas, para decirlo claro”.

Yo quisiera añadir un ejemplo más a los expuestos por el maestro de economistas de Grado, a favor de la encomiable labor de los asturianos de la diáspora: la Sociedad Española de Auxilio Mutuo de Puerto Rico, una institución admirable, fundada por los españoles en 1883, y en la que han tenido –y tienen- una destacada participación numerosos emigrantes asturianos. Aunque los Centros Asturianos se

llevan la palma del reconocimiento, no debemos olvidar las numerosas sociedades de beneficencia y ayuda mutua que, ya a mediados del s. XIX, habían constituido los españoles en América y que, en muchos casos, fueron el germen de los centros regionales posteriores. La Sociedad Española de Auxilio Mutuo y Beneficencia es, con el Casino Español, la Casa de España y la Universidad de Río Piedras, una de las instituciones que más contribuyeron a prolongar la presencia de la cultura española en la vida pública de Puerto Rico. Su primer presidente, Enrique Vijande Loredó era natural de la asturiana Vega del Eo; el actual presidente, Enrique Fierres González, es de Pola de Allande; el actual director médico del hospital del Auxilio Mutuo es ovetense: José A. Isado Zardón. Sin recibir ninguna subvención oficial significativa, esta institución de la sociedad civil alcanza un presupuesto anual superior a los mil millones de dólares. Entre los numerosos asturianos que contribuyeron al desarrollo de esta obra centenaria figuran: los hermanos Cadierno, de Pola de Allande, Severo Ochoa Pérez, de Puerto de Vega, padre del premio nóbel asturiano Severo Ochoa Albornoz, Manuel Fernández Juncos, de Tresmonte(Ribadesella), el más grande entre los asturianos de Puerto Rico, Riera Cifuentes, de Tudela de Agüeria, José Pérez Moris, de Villaviciosa, Antonio Alvarez Nava, de Villamayor, Rafael Fabián, de Villamayor, Félix Suárez, de Puerto de Vega, Angel Abarca, de Arriondas, Manuel González, de Salinas, José María del Valle, de el Pandu(Piloña), Enrique González Ramos, de Pola de Allande. Igualmente, son asturianos Emilio Salvador Jiménez, Ramón Siñeriz y Eladio Yenderrozos. También tuvieron vinculación con el Auxilio Mutuo eminentes exiliados, como Fernando de los Ríos, Juan Ramón Jiménez, Pau Casals, Federico de Onís y Navarro Tomás.

Muchos asturianos –un buen número de Pola de Allande-, con muchos gallegos – un buen número de La Guardia- , con otros españoles, han hecho posible esta admirable institución del Auxilio Mutuo, de más de ciento veinte años, contribuyendo al bienestar de Puerto Rico, su patria de adopción, y, a la vez, prolongando las huellas de nuestra cultura en la llamada Isla del Encanto.